

Permitirá el exquisito literato, glosador también de *D'Annunzio*, que desde Montevideo se atrevan a refutarle—con todo el respeto que su autoridad merece—una parte de esos comentarios.

Estoy de acuerdo en que la mejor moraleja de las fábulas — *a pesar de todos los fabulistas*—es la que se formula el lector, al reconcentrarse, y que ésta sería la verdadera misión educativa de las mismas. Però eso no obsta para que el género de la fábula y de su hermana más pura, la parábola, hayan merecido glosas de sus propios autores en todas las épocas de la humanidad. Jesús habló a su pueblo “muchas cosas por medio de parábolas”. Expresada la del sembrador<sup>(1)</sup> terminó diciendo: “Quien tenga oídos para entender, entienda. Acercándose después sus discípulos le preguntaban: ¿Por qué causa les hablas por parábolas? El cual les respondió: Porque a vosotros se os ha dado el privilegio de conocer los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no se les ha dado”<sup>(2)</sup>. Y de inmediato<sup>(3)</sup> el apóstol de Galilea explica a sus discípulos el significado de la siembra por tierra pedregosa y del sembrado entre espinas y del sembrado en buena tierra.

Si para Rodó, Don Quijote fue el Cristo a la jineta, bien puede dársele al ilustre compatriota los calificativos de Cristo de la pluma y Quijote del pensamiento. Como el Nazareno asombró a los doctores de la ley con sus enseñanzas juveniles, él hizo detener la respiración de todos los doctores de América con su nuevo verbo, y convirtiendo sus libros en la montaña del sermón, habló por medio de parábolas a sus hermanos del continente joven, y luego se volvió para dar la explicación de las mismas a sus alumnos.

Como el Quijote atacó posadas que creyó castillos, el autor de *Ariel* atropelló contra rascacielos que para él representaban instituciones, y si bien vió más la realidad que el caballero de la Triste Figura, no fue menos quijotesco en dar el grito de alarma contra una civilización que irrumpía poderosa para convertirse poco después en el árbitro del mundo.

Y bien: ¿cuál es el pueblo que escucha a Rodó? Ya lo he dicho: la lectura de sus páginas, en enorme mayoría, alcanza a sus parábolas, sin sus apotegmas ni sus glosas. Para ese senado popular basta con la fábula. Ni siquiera llega a él la interpretación que le da el autor. Pero junto a ese núcleo hay un número reducido, sí, de apóstoles que siguen al maestro en todos sus pasos y que tienen derecho a que, cara a cara con ellos, les diga: “Escuchad ahora la parábola del sembrador”<sup>(4)</sup> y saber así la interpretación y alcance que el autor da a su cuento, lo que no excluye que los propios discípulos—es decir, los que lo lean total

e inteligentemente—y la gente del pueblo, formulen por su cuenta interpretaciones más o menos bellas, más o menos elevadas, más o menos eficaces que las del propio autor. El auto-comentario no impide que “repercutan libremente” en el espíritu de los lectores.

Para terminar, otro comentario a Zaldumbide, ahora dándole la razón. “Propiamente, pues, no caben aquí imitadores ni discípulos parafrastes”, dice el literato y diplomático. Este libro no es ni imita-

ción ni paráfrasis. Es iniciación y es continuación. Es la iniciación de los jóvenes, que él tanto quiso, en el conocimiento de Rodó. Y es la continuación de la obra del Maestro, para que al irradiarla por sobre la gente moza, que es quien debe leerla—no es Rodó para lectura de senectud—pueda decir su espíritu, que no ha muerto, esperando a su discípulo que lo supere—como le hace decir a su Gorgias:

“Brindo por el que me venza en vosotros”.

J u a n C . S a b a t P e b e t

## La misa de oro...

(Viene de la página 263)

días, y decirles: “Venid también vosotros, a misa, compañeros, venid a esta misa”. Y ante un movimiento suyo de salvaje despecho, agregaría: “No es vuestro enemigo el carpintero de Nazareth, el Mártir del Gólgota!” Y si ellos me respondiesen: “No es él, pero lo son los sacerdotes suyos que lo falsifican” contestaría: “Pero quien ha de decir esta misa, en cincuenta años de sacerdocio, nunca faltó a los preceptos de Cristo, y siempre, desde lo alto, repitió fielmente su sermón de la montaña. Levantó su alma apartándola siempre de todas las bajezas, extendió siempre las manos hacia todas las desventuras! Esta misa es la de un buen viejo labrador. Venid!”

Y quisiera tener también la voz bien fuerte para poder hacer vibrar en todas las regiones de Italia a aquellos que a Italia han consagrado el pensamiento, la acción, la vida, desde los veteranos, si aún algunos sobreviven, que reposan desolados, hasta los jovencitos que leen con silenciosa inquietud los libros de nuestras batallas; y decirles: “Venid a esta misa itálica!” y si dudaran, gritarles: “Se admiten las banderas tricolor! Las trompetas de nuestro rescate vibrarán en el instante de la elevación! Al final, el sacerdote bendecirá las coronas de nuestros mártires!”

Y desearía poseer una voz divina, la que descubre las tumbas y hace ponerse de pie a los muertos, para llevar, ante los intransigentes e intolerantes que hubiera, ante los austeros enemigos de la fe y los fieros luchadores de clases y los defensores de la patria, el testimonio redivivo del gran muerto de aquel dos de junio; y decirle a él: ¿No es éste un verdadero sacerdote de Cristo como de otro afirmaste tú? Oh, general, esta Italia tuya, él la ama aún en medio de su miseria, la sigue aún en el destierro, la levanta caída, la consuela desesperada: seca el sudor y las lágrimas de sus trabajadores errantes, rescata de los infernales talleres sus famélicos niños, desnudos, ulcerados, vendidos. . .!”

Y llegaría aquel que aquí en Pisa pareció surgir del misterio para entrar en la muerte, volvería de su inmortalidad, para decirnos: “Hace ya más de medio siglo allá en mi destierro londinense, denuncié

la trata de blancas, y critiqué al clero porque habría podido, queriéndolo, impedir-la. . .” Y ambos, aquel rostro de león tranquilo en el cual se refleja la acción y aquel otro rostro que parece hecho solamente de pensamiento, se inclinarían ante el sacerdote que quiso redimir y redimió.

4.—Porque quien celebrará esta misa de oro, después de cincuenta años de santas plegarias y de buenas obras, es el buen obispo confesor de Italia, Jeremías Bonomelli.

Me imagino entrar en la iglesia. Me complazco en figurarme, tal vez contra lo verdadero, una humilde iglesia campestre de aldea; la de Nigoline, tal vez su aldea natal: olorosa a lavanda y a claveles. Allí, pienso, debe celebrarse el dulce rito aniversario. . . Pero, en el vestíbulo, algunos tétricos, que con sus negras personas ocultan el brillo de las luces del altar, me detienen y me preguntan: “¿Qué vienes a hacer tú aquí? ¿Crees? . . . Esperas . . .”

Bajo tristemente los ojos, buscando una respuesta en lo profundo del corazón; levanto luego la mirada y, a mi vez, interrogo:

“Y vosotros, creéis? . . . ¿Esperáis vosotros? El rápido *sí* que resulta de un gesto saturado de desden, me llena de confusión. Vosotros de verdad creéis y esperáis aún menos que yo, si bien presumís que vuestra fe y vuestra esperanza son superiores a las mías. En lugar de las dos brillantes virtudes, tenéis la ciega soberbia, vosotros, los que debierais ser imitadores del Dios que descendió y se humilló. Porque vosotros hacéis ver que no recordáis que virtudes son esa fe y esa esperanza que os arrogáis con tanta simplicidad; y soberbia es arrogarse las virtudes, cualesquiera que ellas sean; que si son virtudes difíciles de poseer, laboriosas, heroicas, es orgullo de Satán enloquecido el atribuirselas uno mismo con un gesto desdeñoso. ¿Si somos héroes? Perfectos somos, *sicut dii*; y no sólo sabemos del bien y del mal sino que nunca hacemos mal y el bien lo llevamos a cabo siempre. Y sin dificultad. ¿Quien podría en verdad, ante tal cúmulo de cosas esperadas, preferir las vanas y fugaces apariencias de este mundo? Para

(1) Mat. XIII, 3 y sgts.

(2) Mat. XIII, 9 y sgts.

(3) Mat. XIII, 18 y sgts.

(4) Mat. XIII, 18.